

LA
REVISTA NUEVA

AÑO I.—TOMO III

IMPRESIONES DE INFANCIA

REJINA

Me parece verlo todo aun, pero tan confusamente, tan lejano, i sin embargo....

Allí está el pequeño chalet, i, a la entrada, el jardinillo i la senda de arrayanes en flor; al frente, los hornos del establecimiento de fundicion, enormes i negros; mas allá los tapiales i los potreros, los verdes potreros de alfalfa junto al rio Cachapoal, cuyo sordo ruido me parece escuchar todavía.

I estoi allá, en la ribera de ese rio, entre aquellas grandes piedras violáceas, lamidas por el agua espumosa, tan lisas, tan estrañas.... ¡Cómo brillan sobre la arena los guijarros de colores! ¡Oh! los hai rojos como la sangre, blancos como el alabastro i oscuros como el hierro. Cómo caen i desaparecen en la corriente, lanzados por mi mano infantil, con qué ruido metálico chocan contra los altos peñascos!

I veo el sauce seco al lado de los corrales; i tambien estoi yo allá arriba, encaramado en sus últimas ramas, como un conquistador, rodeado de rapaces harapien-

tos de ambos sexos que, admirados de mi audacia, permanecen desde abajo contemplándome con la boca abierta. Voi a hacer una prueba, una maroma nunca vista.... Los niños gritan ajitando atemorizados las manecitas; la rama cruje; mi pié resbala, i caigo, caigo pesadamente sobre la dura tierra. No es nada, me voi a levantar al instante; no es nada, i mis rodillas permanecen como clavadas en el suelo. Los niños corren hácia la casa dando alaridos; una sirvienta viene azorada; trato de levantarme, i ruedo de nuevo por el suelo. La sirvienta estiende un gran pañuelo verde i negro i me lleva como en un saco, miéntas aprieto los dientes para no gritar, i dos gruesos lagrimones resbalan por mis mejillas....

Me veo en el interior de la casa. Al frente está el ancho parron que da sombra a todo el patio. Mi cuerpo se hunde en las hojas secas que tapizan el suelo, al pié de los grandes sauces que se inclinan sobre el baño; mi cabeza reposa en las rodillas de Rejina.

Rejina es morena i pálida. Tiene los ojos verdes i los labios rojos i frescos.

Rejina i yo estamos rodeados de tencas, de tordos, de zorzales que corren i saltan a nuestro alrededor o que se acercan abriendo el pico i ajitando las alas ... Rejina hunde su mano en el delantal i les da de comer a los golosos que se atropellan i nunca se hartan. I yo siento un placer inefable contemplando el cielo azul, que parece hacerme guiños a través de las ramas, i el triste, el querido rostro de Rejina, miéntas ella me pasa la mano por mis largos cabellos de niño.... Me apoyo en su blando regazo, i duermo, duermo....

Despierto i oigo voces. Es Rejina que habla con Pancho a través de la tapia que da al campo. Yo quiero i admiro a Pancho porque es el mas valiente i el mas jóven de los arrieros, porque en invierno

desafía la nieve de las altas cordilleras para traer la carga de los metales, coje nidos para regalármelos, i tambien porque ha visto leones i aun se dice que ha cazado uno.

Me parece escuchar:

—Señorita, le traia lo que me pidió: los carpinteros.

Rejina se pone de pié rápidamente i se dirige hácia la tapia, por donde asoma la roja e imberbe cara del muchacho bajo una chupalla rota, amarrada a las orejas como un sombrero de mujer. Ella avanza dando saltitos; es alta, esbelta, i viste como una señorita su traje de percal blanco i rosa. Llega a la tapia, i Pancho le pasa cuidadosamente el nido. Cómo se admira Rejina, cómo brilla su rostro de alegría contemplando los animalillos, cómo brillan tambien mas rojas que nunca las mejillas de mi amigo, cuando Rejina le dice:

—¡Cuantas gracias don Pancho! Usted es mui bueno. No tengo con qué pagarle; i, por fin, le pasa la mano a traves de la pirca.

Pancho se aleja arreando sus burros.... Oigo el ruido de la campanilla de la tropa mezclado con una cancion.

La tarde cae, i Rejina acaricia siempre en silencio mis cabellos, miéntras por sus ojos oscuros pasa como una sombra de tristeza....

..

El invierno ha llegado i la fundicion principia. Durante la noche alguien entreabre la ventana; i veo allá léjos de la casa una larga fila de hombres que parecen demonios alumbrados por las llamas.... Charlan, rien i cantan, miéntras van arrojándose de mano en mano los trozos de leña que alimentan el fuego en el interior del horno insaciable.

En lo alto del cañon de ladrillo, brilla siempre una llamita pálida i siniestra, que se destaca con estraña claridad, como otra luna, sobre el azul sombrío del firmamento. La noche está tranquila, fria i perfumada.... ¡Oh! qué hermoso! dice mi madre a mi lado, cerrando la ventana, i yo me duermo arrullado por las canciones i las risas de los horneros que velan.



La primera nieve ha principiado a caer silenciosamente; el campo está blanco i sin vida; el rio desbordado brilla, allá, a la distancia, con reflejos de cobre, i miéntras rujen sus aguas embravecidas, silba el viento haciendo crujir los maderos de los techos i la noche parece envolver en una sombra azul i fúnebre la muda estension del valle, yo estoi en casa de la lavandera escuchando junto al bracero las historias i los cuentos del anciano capataz don Isidro.

Los chicos se estrechan a sus pies, con los rostros enrojados por el fuego, ávidos de curiosidad; Rejina, a mi lado, sonrie dulcemente a la llama, i Pancho está sentado frente a ella en un piso bajo. La luz da de lleno en sus gruesas facciones de adolescente, en sus negros i brillantes ojos, animados no sé por qué ardiente destello de audacia.

Se habla de leones; i el viejo dice, despues de chupar largamente su cigarro, tendiendo las manos callosas sobre las brasas:

—El hombre hacia tiempo que andaba buscando al leon. Por fin se encontraron. El leon tenia hambre, i principió a hacerle gracias en el suelo i se le tendia como un gato.... El hombre, que era valiente se acercó. No tenia sino un cuchillo.... Despues no se supo lo que hubo; pero, eso sí, al dia siguiente se encontró

al hombre muerto, i no mui léjos al animal con el cuchillo clavado en el corazon.

Calla el narrador, i, en el silencio, se oye el agudo silbido del viento i el ruido profundo del rio lejano.

I Pancho dice, sonriéndose a si mismo, con voz ronca:

—Yo sí que he visto una buena.... Don Isidro se acuerda de don Simon, el campañista, el que se heló hace años.

El viejo hace una señal afirmativa i el muchacho prosigue rápidamente:

—Un dia que fui a cargar leña, lo encontré por el cerro. El hombre andaba con toda la compañía de aquellos perros que parecian terneros. Los brutos llegaban a bailar de gusto. I me gritó:

—Pancho, ya lo encontré; ahora si que no se me arranca.

—¿Qué? don Simon, le contesté.

—Pues el que se comió las vacas (i se reia el hombre).

—¿I por donde anda? le volví a decir. I don Simon seguia riéndose, i ya estaba cerca....

—Por allá léjos, ves, entre aquellos quillayes, me dijo; i de repente ha vuelto la bestia, i entónces don Isidro, ¡quién lo hubiera creido! vengo a ver que traia al leon muerto colgando a las ancas del caballo. Para qué le cuento el gusto que tuve i la bulla que hubo en la casa cuando llegamos con el regalo.

Al oír esta relacion, el viejo sonrie i se soba las manos, los chicos palmotean i se levantan en tropel acercándose al narrador i Rejina dice en voz baja:

—I usted, don Pancho, cuando anda por esas serranías ¿no tiene miedo que el leon baje i se lo coma?

—¿I para qué estaba éste, entónces? contesta el muchacho alzándose bruscamente la manta i mostrán-

do la cacha de un puñal que lleva al cinto, mientras fija en Rejina su mirada ardiente.

Rejina baja los ojos i guarda silencio, clavando en el fuego una mirada vaga i sombría.

Se oye una voz aguda i lejana, i Rejina se pone de pié precipitadamente, diciendo:

—Me llaman. Adios, don Pancho; i en seguida sonriéndose:

—No se arriesgue tanto, pues, por esos cerros. Usted es mui atrevido....

Despues se estrechan un instante la mano a traves del fuego como avergonzados. Por fin me envuelve en su tibio pañuelo, i me alza en brazos, mientras el muchacho siguiéndola hasta la puerta murmura con voz apagada:

—¡Quién fuera el patroncito!

∴

Ya ha llegado la primavera i con ella el pago jeneral de la faena de invierno.

Desde por la mañana veo a mi padre en el escritorio inclinado sobre unos grandes cuadernos, mientras en el corredor se estrechan los mineros. ¡Qué divertidos son los trajes! ¡Qué negras las caras! I las venas de los brazos robustos parecen cuerdas.

Allá, a la entrada de los potreros, se ha construido una gran ramada el día anterior; i allí hai grandes toneles de vino i mujeres pintarrajeadas sobre un elevado tabladillo. Ya la fiesta comienza i desde la casa se oyen las voces agudas de las cantoras, los gritos i el ruido de las castañuelas.

Yo, que he andado atisbándolo todo cuidadosamente, he visto, por una rendija del pajar, a Juan, el criado de mi padre, conversando con gran animacion con

el cocinero i empinándose a cada instante una botella. Estaban mui alegres.

La fiesta continúa i hai gran agitacion en todo lo que me rodea. De cuando en cuando llega un borracho hasta la verja a pedir dinero con voz insegura; pero se le despide, el hombre se aleja tambaleándose i murmurando algo entre dientes.

La noche llega, el tumulto i la algazara aumentan cada vez mas.

Una gran luz parece envolver como en una aureola a la ramada lejana, una luz que alumbra intensamente la fachada de la casa. Son las fogatas encendidas por los mineros.

Estoi sentado junto a la mesa, en mi alta silla, mirando coser a mi madre; pero mis ojos se cierran....

De repente se oyen unos gritos, unos gritos que parecen sollozos.

Rejina está apoyada en la puerta, i poniéndose la mano en el corazon como si la respiracion le faltase, dice con voz entrecortada:

—Señorita.... una gran desgracia.... en el pago.... han herido a Pancho, lo han muerto. Ya lo traen, aquí lo traen, aquí viene. ¡Dios mio!

I allá, a la puerta del jardin, se ven luces. Mi madre corre hácia fuera, mi padre tambien; los sirvientes se agrupan exclamando:

—Aquí lo traen.

I las luces avanzan siempre.

Yo me deslizo por entre las piernas de todos.

Ya está aquí.

Sobre unas angarillas traídas por dos mineros viene un bulto. Con la luz indecisa de dos velas que vacila con el viento, veo algo que me hace estremecer: es el rostro de Pancho, de mi amigo. Está blanco como un lienzo; los ojos están abiertos i fijos; las cejas se

fruncen; los labios le tiemblan como si deseara hablar, i respira a cada instante ruidosamente.

Todos se inclinan hácia él i por un instante lo contemplan fijamente, en silencio.

Rejina está ahí tambien, de pie, detras de todos; pero no se acerca al herido: permanece inmóvil con la mirada fija con profunda atencion en la espalda de los mineros que tiene delante, miéntras todo su cuerpo se ajita convulsivamente.

Mi madre ordena se envíe a buscar al médico, miéntras alguien propone se mande llamar a la médica; pero los hombres que rodean la angarilla mueven la cabeza murmurando sordamente algo en voz baja.

Se lo llevan a la casa de la lavandera, se lo llevan; i el corredor queda oscuro i desierto. La casa está trastornada; se dan órdenes precipitadas i se oye ruido de caballos.

Voi a la pieza de mi madre i la encuentro llorando. Me paseo indeciso por el corredor i por fin me dirijo a la cocina.

I al entrar, con la luz mortecina del hogar veo brillar algo mui blanco allá entre las sombras, en un rincon, i oigo un ruido vago i sofocado.

Me acerco mas.

Es Rejina. Está de bruces en el suelo i me parece que murmura algo golpeando la cabeza contra el pavimento.

Le tomo una mano, diciéndole:

—Rejina, Rejina ¿qué tienes?

Me rechaza con violencia, exclamando:

—Déjame llorar ¡por Dios! déjame llorar, i continúa cuchicheando, como si contara su secreto a la tierra.

—¡Oh! Dios mio, Pancho!

FEDERICO GANA G.

Santiago, 1899.